



Retrato de Néstor, con autógrafo del artista.

Sin duda, uno de los atractivos de la obra artística y pictórica de Néstor es la profunda fusión entre arte y literatura, o arte y cultura, que a veces se convierte en pintura y poesía en el pintor, y poesía y pintura en los poetas amigos como Tomás Morales o Saulo Torón. Ya Salinas, hablando de la “poesía pictórica” de Rubén Darío, escribe que: “Theodore de Banville, en su tratado de versificación francesa, dice que la poesía es a la vez música, escultura, pintura, elocuencia”. Mas para Baudelaire, en su poema “Les Phares”, “sigue a los pintores en la historia, como máximas guadoras”. Éste es el tipo de pintor que será Néstor; así lo ven los contemporáneos y sus amigos los poetas.

Siguiendo un orden cronológico nos encontramos, en primer lugar, con el joven Rafael Romero, en el Colegio de San Agustín de Las Palmas a sus catorce años cuando conoció a Néstor Martín, al que le llevaba sólo unos meses; también, por esta época, conoce el futuro pintor a Tomás Morales, a los Benítez Inglott, a Miguel Sarmiento, etc. Pero su verdadera amistad de adolescente fue con el que haría famoso el seudónimo de Alonso Quesada. Según escribe P. Almeida, éste y Néstor, que vivían cerca del Colegio, instalado en la calle de la Herrería, “se reunía con Quesada en la casa de la familia de Gómez Bosch, donde, entre amigos, preparaban piezas teatrales salidas de la imaginación de Alonso Quesada... y el ingenio escenográfico de Néstor, en las que además de intervenir como autor, era director...”. El único poema que el poeta le dedicó al pintor es el titulado “Un recuerdo infantil”, que se refiere a esta época de camaradería, de colaboración artística incipiente. El poema comienza aludiendo a su vieja amistad con Néstor, en uno de sus viajes de vuelta a la isla:

Néstor y los poetas canarios de su generación

SEBASTIÁN DE LA NUEZ
Catedrático de Literatura

**Éste es un buen amigo de otros días,
que ha retornado de un solar lejano.**

Este poema, junto con otros, lo leerá el autor el 13 de septiembre de 1913 en una tertulia literaria organizada por “Los Doce”, cuyos decorados estuvieron a cargo de Néstor. Se anuncia que *El lino de los sueños* está ya en Madrid, pendiente del dibujo de la portada y de un retrato en color del autor que debía realizar el pintor y amigo entrañable. Así lo recuerda Quesada en el poema:

**Fuimos allá en la infancia, compañeros
eternos compañeros, casi hermanos.**

Transcurrido velozmente el tiempo implacable, al encontrarse otra vez los amigos

**En el fondo de mis ojos busca,
impaciente, la luz de aquellos años.**

Y el poeta en un alarde de penetración psicológica, y de temblor sensible y apasionado, dice:

**Yo voy poniendo en su pupila inquieta
mi indagación también sobre el pasado.**

Y entonces “después del silencio en que las almas/tornan a verse con temor de extraños”, y salta el recuerdo cuando

**él me abraza y me dice con aquella
primera voz que el tiempo le ha guardado.**

Verso en que se fija Unamuno al recordar la voz poética de Alonso Quesada en otros primeros versos como “A la hora del Ángelus” al decir que “esto está dicho con su primera voz, con la voz de su infancia isleña”. Y así sigue el coloquio que recuerda a aquél en “las sombras”, la serena nostalgia de Macías Casanova;



Tomás Morales. Óleo de M. Reyes.

**—¿Te acuerdas de aquel día tan famoso
en el que huimos del colegio odiado,
y después de elegir sitio seguro
al cementerio fuimos a ocultarnos...?**

Esta estrofa interrogativa de cuatro versos endecasílabos sirve de introducción a la narración del poeta, en la que nos cuenta las impresiones de aquella fuga y de aquel extraño refugio en el cementerio de Las Palmas, donde ahora los dos amigos, no muy lejos uno del otro, duermen el sueño eterno:

**Tranquilos, bajo el sol de la mañana,
junto a una sepultura nos sentamos.
¡La mañana de abril en la que había
como un silencio muerto en todo el campo!
Una campana lenta de agonía,
un sonido dio entonces, funerario:
las notas esparciéndose medrosas
con temblor de hojas secas, a lo largo...**

Pero el poema que parece va a terminar en un “memento homo” de las vanidades del mundo, cuando el poeta cuenta cómo “¡Abrieron una fosa!”... Y les parecía que “a cada golpe de la azada” (como en un poema de Espronceda o de Zorrilla) “y todo/ era de un hondo meditar amargo..” de pronto el poeta exclama jubiloso por el entrañable recuerdo de camaradería y travesura infantil:

**¡Y el alma halló el lugar plácido y bueno
porque fue albergue en nuestra huida, hermano!...**

En suma, se reúnen en este poema intimidad, sentimiento y nostalgia del tiempo pasado expresados con un lenguaje coloquial, impregnado del medio y de las cosas, que marcaba

un nuevo estilo en la poesía canaria, que sólo estaba en parte anunciada en Morales (*Vacaciones sentimentales*) y en Domingo Rivero.

Casi contemporáneo de esas travesuras juveniles, es el comienzo de las aficiones pictóricas de Néstor, al participar —según Almeida— en la ilustración de la portada del periódico *Atlántida*, que inició su publicación en 1901, y lo mismo hizo para el periódico *La ciudad*, dirigido por Arturo Sarmiento Salom. En la calle Travieso, en la cual estaban los talleres donde se componían estos periódicos, vivía Alonso Quesada quien acompañaba a Néstor, junto con Pedro Perdomo Acedo, gran periodista, escritor y poeta más tardío, a hacer sus visitas a dicha redacción.

Según nuestro mentor, Néstor, después de un viaje por Europa, se encuentra, en enero de 1907, en Las Palmas con Valle Inclán. “Con tal motivo la agrupación “Los Doce” dio una velada teatral”. Se pensó en la escenificación de la obra de Alonso Quesada *Siete monólogos cómicos* de carácter satírico, pero no llegó a realizarse tal proyecto. Después viene un largo vacío epistolar e incomunicación entre el pintor y el poeta. Sabemos que estuvieron juntos en el espectáculo de Juegos Florales, de 1910, presentado por Unamuno y decorado el escenario del teatro por Néstor, que tuvo ocasión de conocer al gran maestro de Salamanca. No entramos en más detalles por ser ya de sobra conocidos y expuestos por mí en otro momento. Sólo sabemos, que en 1914, Néstor, entre otros dibujos realizados “sobre papel cartulina con depurada técnica de lápices, toques de acuarelas y barnices”, compone el retrato de “El poeta Alonso Quesada” para *El lino de los sueños*. Por esas fechas le dice Alonso en una carta a Luis Doreste:

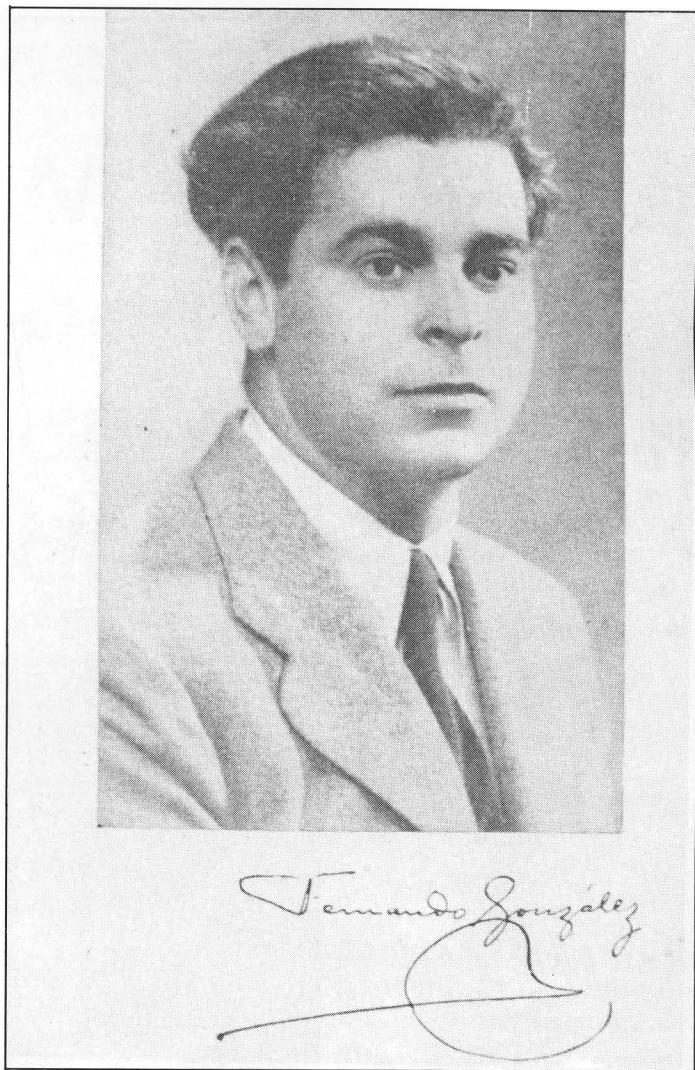
“El lino lo imprimiré pronto. Estoy acabando unas cosas de ingleses y aguardando la portada. Di a Néstor que en seguida me la envíe”. Y un poco más abajo: “Mi alegría y orgullo por el triunfo de Néstor son incommensurables. Aparte del amor y de la admiración y de la bondad, me satisface, por la estocada mortal que supone para estos *bimanos estúpidos y vanidosos*”.

El 9 de marzo de este mismo año, al fin le escribe Néstor a Alonso, para invitarle a publicar sus versos en las revistas “Por esos mundos” o “Nuevo mundo”, y luego le habla de un “banquete que le dimos a Unamuno”, de quien dice que “me preguntó por ti y qué hacías. Demuestra tenerte en alta consideración y gran cariño”.

Al fin en la siguiente carta de Néstor, fechada el día 18 de abril de 1914, ya le da detalles de cómo y quiénes van a realizar el prólogo y la edición del *Lino de los sueños*. Le habla de la tertulia del “Gato Negro”, a la que suele ir Unamuno cuando aparece por Madrid; después le da detalles sobre la fundación de la revista *España*, “donde colaborarán Unamuno, Ortega y Gasset, D’ors, etc., donde irán en el primer número unas traducciones de Rabindranath Tagore y los versos tuyos”. A continuación le da la gran noticia, a la que se refiere al comienzo de la carta donde le dice: “Te escribo hoy con una alegría infinita por darte una satisfacción grande de verdad”. Y al final de la misma carta le escribe: “Luis Bilbao, propietario de la revista y de la Sociedad Anónima que se fundará para esto y una importante editorial, me encargó de felicitarte cordialmente, que en cuanto llegara a su casa quemaría sus versos y que él te editaba tu libro”. A continuación le dice que el prólogo lo hará Unamuno, y que al fin “irá mi portada y tu retrato hecho por mí”.

Pero llega junio y no vuelve a saberse nada de Néstor ni de su libro. Desolado le escribe a su amigo Luis Doreste, su eterno paño de lágrimas: “De Néstor no sé nada, nada y nada. Sólo por las cartas a su madre a quien veo casi todos los días. Como estoy “enfadado” con él no le escribo hoy, pero dile que a pesar del enfado me paso el día hablando de él... y que mi alegría por su cada vez mayor triunfo es enorme”. Mas, el año acaba y las promesas de Néstor parece que han caído en el vacío. Así se explica esas explosiones del resentimiento de Alonso Quesada contra el pintor en las cartas que sigue escribiendo a Luis Doreste. En la fechada el día de Navidad de 1914, le dice entre otras cosas: “Tú sólo eres totalmente bueno, Luis. No hay un espíritu en la vida, más limpio que el tuyo”. Y a continuación se pregunta: “¿Cómo es posible que Néstor, me haya abandonado ahora, cuando me alumbró el camino?”. Trata de explicarse este silencio, “O es que no puede o fiado en ti; por su costumbre no se mueve”. Mas llega un momento en el que el resentimiento, entre bromas y veras se convierte en hiriente ironía, curiosa porque manifiesta su clara repulsa a los *retoricismos grandilocuentes* del exotismo y de la fantasía oriental del modernismo, utilizados seriamente tanto por Néstor en su pintura como Tomás Morales precisamente en un poema dedicado al pintor, como veremos.

El fragmento de la carta dice así: “Néstor, a pesar de la copa de piedras preciosas y de su corazón dentro de ella, y del manto indio y del perfume de Bagdad y de todas esas maravillas de las Mil y Una de sus manos es un grandísimo golfo. Ni una tarjeta ni unas letras, ni una palabra”. Sin embargo, aunque Néstor lo tiene pospuesto, u olvidado, cosa que se resiste a creer, sigue haciéndole encargos a través de Doreste, que se ocupa de los aspectos materiales del libro (rectificaciones enviadas por el autor, pruebas, etc.) juntamente con la parte estética que debía realizar Néstor, como le dice a Do-



El poeta Fernando González.

reste: “Cuidame a Néstor, que él (cuidé) líneas, folios, índice, toda la parte del libro: papel. Ya que sale que salga bien. Y que el índice lo ponga al comienzo...”. Cosa que a veces no ocurre así, como el índice que apareció al comienzo. Por fin la correspondencia debió restablecerse entre el pintor y el poeta, porque de esta época marzo o abril de 1915, en la que se publicó el *Lino de los sueños* es una carta de Quesada en que le ruega al pintor atienda la presentación de su libro: “No necesito recomendarte, Néstor, la cosa vivamente. Tú sabes que esto es para mí decisivo y es necesario que me ayudéis con todo esfuerzo. Yo sé que cariño no te falta, pero *voluntad mecánica* sí”. En otra carta de estas fechas, toca el asunto de su “enfado” y el posible sentimiento de rechazo de Néstor ante las insolencias e impertinencias del poeta, que trata de justificarse, un poco infantilmente, haciéndole creer que todo habían sido bromas: Así le dice: “Mago espléndido, eres un niño y por lo tanto has caído en el truco. Bien ¿es posible que hayas pensado en la verdad de mis recriminaciones? ¡Pero hombre! Cómo te conozco y sé que aunque harías por mí todo lo que sueñas, la maldita abulia no te hace mover. ¿Y cómo pensaba yo agitar a este hombre pronto? (porque yo sé que a la larga lo hubieras hecho todo). Pues metiéndome por el corazón de él refunfuñando. Y fue. Estoy contento porque has saltado, y al saltar me escribiste, y al escribirme me diste una alegría infinita. Y esto estaba bien. Pero yo no he dudado de tu cariño ni de tu ayuda. No seas muachacho. Todo fue una martingala para sacudirte un poco. Y ahora no me abandones”.

Hay dos cartas reveladoras de la íntima amistad que unió a Rafael Romero y a Néstor Martín, hasta la muerte de aquél,

como con ninguno de los otros poetas de su generación, Tomás, Saulo o Luis. Una es la extensa y detallada carta que Alonso le escribe a Néstor (en fecha indeterminada entre 1914 y 1915) donde le relata con todo detalle una aventura amoroso-erótica que ha tenido con una joven canaria que conocían ambos. Por eso le dice: “Tú pensaste que era una gran mujer y era cierto. Parecía mi propia alma. Hacía tiempo que me quería. Me confió todo...”. Y añade, después de consumar el acto amoroso: “He perdido la seriedad, porque tú sabes cuánto me gustaba la chica y cómo nosotros, los bárbaros artistas del Atlántico cómo la gastamos en los momentos de furia y de carne. Sé también que cuando el apetito se sacie la olvidaré. Mi alma es sólo para mí y la quiero íntegra, limpia, hermosa, llena de amor por todo para la fraternidad. ¡Déjala así!”. La otra carta larga de Quesada, fechada el 22 de mayo de 1915 es de temple más sentimental e intimista, donde se expresa el alma del poeta, sincera, entusiasta y desnuda por completo, emocionada ante los éxitos respectivos, en las esferas del arte y la poesía. “Ahora a más de la alegría por tu victoria —le dice— se junta la mía, que a ti sólo debo porque tuviste el acierto y el amor de ponerme en ocasión de ella”. Esta carta se refiere al éxito del libro, demostrado en la lectura del Ateneo y los artículos publicados por críticos prestigiosos escritores, del momento, como a los que aquí nombra: Enrique de Mesa, Díez Canedo, Abril, Bilbao, Juan Ramón, etc. “Has de decirle a todos, uno por uno, uno por uno ¿sabes? cómo es mi corazón para agradecer y cómo es la amplitud de mi alma en los amores”. Su sinceridad se revela al decir: “siempre confié en el libro” y dice además “aunque me emocionan todos los telegramas no me sorprendieron mucho”. Y en otro arranque de sinceridad libera sus sentimientos fraternales con Néstor, que conserva desde sus años infantiles: “no nos abandonemos, pongamos los recuerdos sobre el corazón y esperar siempre...”. Confesaba sus íntimas congojas, sus fracasos, sus decepciones, que revelan siempre un alma sensible y generosa. “Tú sabes —le dice a su amigo— cuánto he sufrido, cómo ha sido la vida para mí, cómo todos los amores me han abandonado, cómo nadie hizo por mí nada grande. ¡Yo que hubiera hecho por mis amores lo infinito!; tú sabes que no he hallado la sinceridad que derrochaba yo, y al encontrarme ahora con tu corazón tan bueno, como yo lo he soñado, no acierto más que abrazarte en los nimbos...”. El poeta es consciente que esta carta revela sus más íntimos sentimientos, expresados con toda la incontinencia de un alma embriagada de gloria y sedienta de amor y cariño fraternos. Por eso aclara: “Todas estas palabras deshilvanadas, son para ti sólo, como si te las hubiera dicho en tu estudio de aquí o de sobremesa en casa de don Serafín. Guárdalas en lo más hondo y rompe la carta”. Aunque no debe leerla nadie hace una excepción “porque comprende y es sano”. Pero insiste en que “son cosas demasiado íntimas e ingenuas para que las sepa nadie”. Y se despide con un fantástico sueño, que recuerda —paradójicamente— a aquella evasión exótica a un país del oriente, que había utilizado antes para poner en evidencia el orientalismo irreal de su amigo, y que utiliza aquí para huir de este mundo insincero y corrompido. Después de darle recuerdos para Luis exclama: “¡Qué bueno, qué humano es! y ¿por qué no huimos los tres a la China, al palacio de los locos del arte, y fundamos la raza del ensueño allí, libre de odios y de envidias y de egoísmos? Pintar, cantar sin oficio ni beneficio para que el dolor se evada en las nubes de los sueños y el alma sea brillante, espléndida, como hecha por ti”.

Después de la publicación de *El lino de los sueños* y su éxito en los círculos literarios de Madrid y Barcelona, gracias a Néstor, Luis Doreste y Gabriel Miró, la correspondencia entre Alonso Quesada y el pintor disminuye notablemente, sobre todo por parte de éste, pues sigue tan mal epistológrafo como antes. Hay, sin embargo, dos aspectos interesantes que prueban, por un lado, la estrecha amistad que les unió, y por

otro, el interés que ambos sintieron por la ciudad natal, lo que viene a deshacer bastante ese mito del desprecio y resentimiento que sentía por ésta, basándose en algunos de sus versos en los que dice: “en la hediondez de una ciudad canalla/ no se podía vivir”. En una carta, de marzo o de abril de 1916, le escribe Quesada sobre su colaboración en una revista titulada *Summa*, donde habían aparecido algunas ilustraciones de Néstor, pues le dice: “Los vicios perdieron de color ¿no eran más violentos? ¿Te acuerdas de las tardes cuando lo hacías tú y yo recitaba los versos?”. Testimonio y recuerdo precioso donde se prueba una vez más la relación de arte y poesía que animaban al pintor.

En cuanto a la sorprendente preocupación de Alonso Quesada por mejorar la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria se dirige a Miguel Martín Fernández de la Torre, que vivía por esta época con su hermano Néstor en Madrid. Comienza esta epístola el 26 de julio de 1922 diciendo: “Esta carta será también para Néstor en cuanto al interés crematístico que ella lleva y la conveniencia mutua que para los dos encierra, que no en cuanto al recuerdo sentimental, pues yo, para Néstor no debo existir desde hace mucho tiempo. No por eso mengua mi devoción por su arte y mi cuidado por su amistad”. Después les dice que el proyecto que les va a comunicar es superconfidencial y les ruega “guardar impenetrable secreto”; sin decir quién le ha hecho el encargo, pasa a exponerles el plan:

“El próximo ayuntamiento tratará de renovar la ciudad, especialmente los barrios aún a medio urbanizar y desea trazar un plan completo de urbanización, comprendiendo la Isleta, Canteras, Santa Catalina, Arenales, Paseo de Chil, calles no terminadas del ensanche, como es la de Alfonso XII, prolongación de la del General Bravo (hoy de Tomás Morales) y otras de las que van de naciente a poniente”.



Alonso Quesada.

NÉSTOR Y LOS POETAS CANARIOS DE SU GENERACIÓN

“Habrà que señalar plazas, jardines, lugares para escuelas, barriadas de obreros y hasta campos de sport. En suma, se quiere una ciudad alegre, agradable y atrayente, compaginando lo necesario y útil con lo estético”.

“En la parte vieja cuyo carácter habrá que respetar se intenta proyectar el abovedamiento del Guiniguada o por lo menos un nuevo puente en lugar del de piedra y estudiar la posibilidad de paseos laterales hasta internarse en el hermoso valle del Guiniguada, donde llaman “los barrancos”.

“Se desea no sólo a qué someter nuestra ciudad en su desarrollo, sino llegar hasta el detalle donde sea menester, señalando las normas a que debe ajustarse la edificación de aquellos lugares en que así deba exigirse por el buen gusto”.

Reveladora y admirable planificación expuesta por el gran poeta de exquisita sensibilidad, que nos muestra hoy no sólo su preocupación por la ciudad, sino en líneas generales lo que Las Palmas de Gran Canaria pudo haber sido y no fue, si se hubiera seguido este magnífico proyecto, aunque en parte se haya realizado y aun superado en ciertos aspectos, debido al imprevisible crecimiento de la ciudad en aquella época, que nuestro alcalde actual conoció muy bien.

Llegado el 10 de mayo de 1923, Quesada vuelve a escribir para confirmar a los dos hermanos, el arquitecto y el artista, que “ya el amigo es alcalde —Pepe Mesa— y la ciudad ha entrado en un curso honorable. Toda la gente está satisfecha y pone su ayuda con una sinceridad que no habíamos sospechado. Pepe Mesa leyó la carta, la ha esperado, y me llama para reiterarme sus deseos absolutos de que seáis vosotros los dueños de ese plan”. No podemos decir si este plan fue enviado y se llevó adelante al menos en parte, en las innegables reformas que se realizaron bajo el mandato de dicho alcalde. Lo que sí sabemos es que Néstor demostró un interés creciente por la ciudad y por la conservación de sus más bellos rincones, y la recreación de su tipismo como es de todos conocido.

La preocupación de Alonso Quesada, constante en su vieja amistad, por desear que Néstor alcanzara su merecida fama y el apoyo económico se prolonga aún más como se ve por esta última carta dirigida a Luis Doreste, el 28 de abril de 1924, donde le habla de una exposición celebrada por Néstor en Madrid, ciudad que como sabemos había sido satirizada en su “viaje pedante e idiota”, y cuyo recuerdo le quema al expresarse así: “¿Qué te parece el triunfo de Néstor? Estoy encantado. Pero yo le aconsejé la exposición en París: el eco hubiera sido universal, Madrid es un pueblo, una insignificante localidad. Yo esperaba el triunfo intelectual, desde luego, y presentía el “snob” al cual es Madrid, y acaso Néstor algo aficionado. Les habrá, sin duda, producido asombro, porque claro esa fuerza atlántica ni la sueñan siquiera. Allí todavía están con las monsergas de la raza, de Colón y del Nuevo Mundo y de madre Castilla que es una perfecta bruja haraposa”. Este concepto supranacional del pensar y el sentir isleño, confirma lo que hemos llamado el universalismo insulario de Alonso Quesada, que rebasa los límites de lo nacional y lo nacionalista patriotero, cosa que nos lleva a otros grandes isleños universales, como Galdós y Néstor. Recuérdese cómo el primero en sus últimas obras (*El Caballero encantado* y los cuatro *Episodios* de la última serie) aparece un personaje simbólico conocido por el nombre de La Madre, Clío o Mariclio, que unas veces aparece como una matrona y otras como “la bruja haraposa” de Quesada, y ante la visión de la Castilla de Machado, también representada por una vieja embriagada y harapienta a la Sombra de Caín.

Casi un año después de esta última carta, el 4 de noviembre de 1925, muere tuberculoso Alonso Quesada en Santa

Brígida, unos años después de Tomás Morales, que había fallecido el 15 de agosto de 1921. Así le contaba Alonso a Luis Doreste sus últimos instantes: “Murió después de una lucha titánica con 42°. Acetona. ¡Todo! un espanto. No te puedo decir más. El dolor, la angustia de verlo irse, durante dos meses en que duró el trágico proceso. El verlo muerto después...”

Es curioso que a pesar de que Tomás Morales era más afín a la estética modernista: simbolista y alegórica, o parnasiana y clasicista decadente con sus derivaciones exóticas y orientalistas, su amistad con Néstor no fuera tan íntima como la que tuvo éste con Quesada, cuyas estéticas eran más distantes. Señalemos que desde muy pronto hubo momentos coincidentes en la trayectoria artística y creativa de Tomás y Néstor: *Los Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar* se publicaron el 2 de junio de 1908, y los *Poemas de los Elementos* fueron expuestos en *Barcelona el 13 del mismo mes y año*. En cuanto al *Poema del Mar* realizado por Néstor entre 1913 y 1914, bastante antes de que Tomás Morales terminara la *Oda al Atlántico*, aunque no se descarta un intercambio de ideas entre varios amigos, no podremos saber ya el núcleo generatriz de ambas creaciones. Es cierto, como dice Fernando Castro, que entre ambas obras “se advierte una voluntad discursiva que presupone la existencia de un programa iconográfico. En efecto, Néstor es un artista del programa. Y en ese sentido contó con la colaboración inestimable de Tomás Morales... La *Oda al Atlántico*, de éste y el *Poema del Mar* de Néstor, son obras gemelas en el lenguaje y en la emoción; comparten una idea animista de la Naturaleza. Pero de esto no podemos deducir que fue el pintor quien seleccionó pasajes de la Oda, para su Poema, sino es más bien lo contrario, como dice Almeida, que el poeta pudo inspirarse en los bocetos de la obra de Néstor, pues lo cierto es que Morales no terminó su gran Poema hasta el momento en que se estaba imprimiendo el segundo libro de *Las Rosas de Hércules*, y siempre gracias a Saulo Torón, que le incitaba a que la terminara y la incluyera en ese libro, como se deduce de una de las cartas de Tomás Morales, fechada el 9 de diciembre de 1919, en la que le dice: “Y nada más, Saulito. Escríbeme siempre que tus cartas me inyectan voluntad y energía: Terminaré la Oda...”

Lo que sí parece indudable es que Saulo Torón cuando iniciaba la composición de su segundo libro de poemas, *El caracol encantado*, entre 1919 y 1923 (publicado en 1926) se inspiró en el Poema del Mar de Néstor, como dice don Joaquín Artiles: “Saulo vio pintar los tres primeros cuadros del Poema y Néstor decoró la casa del poeta con reproducciones del Poema entero”. En nuestro trabajo sobre la “trayectoria poética de Saulo Torón decíamos: “*El caracol encantado* es uno de los libros mejor contruidos de la poesía canaria de la época. Igual que el plástico sobre el mar realizado por su paisano y amigo, el pintor Néstor, el poeta concibe su obra sintetizando los ocho momentos del día en el mar en cuatro, pero a los que hay que añadir (aunque sólo les dedique pocos poemas) otros cuatro momentos más que suman los ocho de la pintura. Los cuatro momentos fundamentales son la *Iniciación* (o el Amanecer), la *Plenitud* (o el Mediodía), el *Crepúsculo* y la *Noche*; a esto se añade, al principio, el *Preludio*, y para terminar, *Las últimas oraciones*, *Alba Postrera* y *El Final*. A través de cada una de estas partes se puede seguir un proceso poético perfectamente estructural.

En resumen, tres poetas para un pintor, y un pintor para tres poetas, unidos en la amistad y complementarios en las esferas del arte y de la literatura. Desde el Poema de los Elementos a los “Poemas del Mar” y la “Oda al Atlántico”, desde la portada de *El lino de los sueños*, el dibujo en colores de Alonso Quesada y su “recuerdo infantil”, hasta la estructura plástica de Saulo en *El caracol encantado*, se forma una armoniosa relación que debe tenerse en cuenta para valorar y entender el momento más profundamente creador de la poesía y la pintura a principios de este siglo a este lado del Atlántico.